

# DISCUSIÓN

Revista mensual

Precio \$ 15.-

Junio de 1963

## SUMARIO

Conrado Eggers Lan

En torno a la antinomia  
entre cristianismo  
y marxismo

Joaquín O. Giannuzzi

1930

Hebe Uhart

El amo y los criadas

# 3

Conrado Eggers Lan

EN TORNO A LA ANTINOMIA  
ENTRE CRISTIANISMO  
Y MARXISMO

El director de la revista *Discusión* ha tenido la gentileza de hacerme llegar un ejemplar del número 2 de la misma, donde aparece un trabajo de Oscar Masotta ("Cristianismo, catolicismo, marxismo...") en que se alude a unas declaraciones formuladas por mí a la revista *Correo de C.E.F.Y.L.* (Nº 2); y me ha invitado, además, a contestar a sus objeciones, en caso de que me pareciera adecuado. La seriedad y honestidad que trasunta el excelente artículo en cuestión, a cuyo autor no conozco personalmente, así como la certeza de que interpreta erróneamente mi actitud y mis palabras —y sobre todo el temor fundado de que dicha interpretación no nos envuelva sólo a él y a mí— me han impulsado a aceptar el ofrecimiento.

El artículo mencionado puede dividirse en dos partes: en la primera se examina la actitud de Calvez frente al marxismo, en la segunda la mía. El nexo aparente entre ambas partes lo constituyen una cita de Pervenche que sirve de epígrafe —en la que se rechaza la distinción vital entre un plano filosófico-religioso y otro económico y político, que posibilitara a uno ubicarse cómodamente en católico, por un lado, y en socialista, por otro— y una consideración de la Iglesia como "atenta y sagaz frente a las realidades políticas y sociales más nuevas,

cuando esas realidades, sobre todo, aparecen como firmemente establecidas". Dicha consideración permite a Masotta rastrear en la posición de Calvez "una profunda angustia ante el futuro y una determinada forma de adherencia por pasividad a las formas establecidas de la historia"; angustia, nos dice, que "es constitutiva de la actitud religiosa frente al mundo".

La primera parte, como digo, se ocupa del jesuita Calvez. Rechaza —apoyándose en Astrada y en el neomarxismo francés— el reproche de Calvez, Eliade y otros a Marx en el sentido de que éste transfiriere el sentido trascendente de la historia desde lo divino hasta el mundo de la sociedad sin clases. En resumen, viene a decirnos Masotta, Calvez entiende a Marx a su manera, es decir hasta donde le interesa su adaptación para una "visión realista de la importancia creciente del mundo comunista", como la que, en tanto miembro de la astuta Iglesia posee. Y compagina o corrobora esa impresión brotada de la lectura del libro de Calvez sobre Marx con la percepción concreta que tuvo, en un encuentro personal con el jesuita, de su realismo "desarrollista" de tipo "frigerista".

La segunda parte se refiere a mis declaraciones, las que, según reza una nota de la dirección al pie de página, "fueron ocasión del artículo de Masotta". Como la primera parte ha terminado un tanto duramente, Masotta siente la necesidad de atenuar su rigor para conmigo, asociándose al grupo personalista de Mounier, lo que indudablemente resulta mucho más simpático que la asociación de un jesuita, especialmente cuando éste analiza a Marx para demolerlo y predicar por añadidura una política económica desarrollista. Lo que pasa, ha explicado antes Masotta, es que, por obra de su realismo tradicional, "la Iglesia ha debido permitir que en su propio seno se generaran las tendencias —aún bastante minoritarias, sin embargo—, capaces de ponerla al paso con la historia efectiva". Pero para eso, dichos francotiradores se ven obligados a escindir el plano metafísico del ético y ponerse en contradicción en su honesto intento de conciliar la religión cristiana con la praxis marxista. Ahora se ve claro que la cita de Perveche del comienzo, que uno no se daba cuenta qué tenía que ver con Calvez, iba en realidad dirigida hacia mí, o mejor dicho, hacia nosotros, los que, letra más letra menos, combatimos en una posición como la que eventualmente he expresado yo. Mis palabras nos delatan: "para un cristianismo auténtico —me glosa Masotta— los problemas de la religión, la cuestión de la existencia de Dios, no resuelven los problemas inmediatos y situados, concretos del mundo". El por mí proclamado ateísmo ético invalida mi esfuerzo por conciliar el amor cristiano con la lucha de clases, ya que el primero constituye una doctrina religiosa y la segunda un hecho histórico, por lo que se mueven en planos distintos, planos discriminados previamente por mí. Para que mi ateísmo

ético fuera consecuente, debería dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, y aceptar consistentemente el fenómeno de la lucha de clases sin pretender someterlo a infiltraciones clericales. Que, por otra parte, no puede darse de ningún modo un verdadero amor personal donde la persona se halla alienada. De ahí que mi empeño en poner de acuerdo el amor con la lucha de clases, viciado desde su mismo planteamiento, se haya visto reducido, en última instancia, a recurrir a un ingenioso argumento parafraseado de Hegel.

No sé si resume bien el breve pero denso artículo de Masotta, y especialmente no estoy del todo seguro de haber entendido sus últimos párrafos, que presento son importantes; pero en todo caso, esto es lo que he sacado en limpio.

Ahora bien, aunque las respuestas que di por escrito al cuestionario que confeccionó un redactor de *Correo de C.E.F.Y.L.* no fueron rápidamente improvisadas para esa ocasión, sino que en buena parte repetían conceptos formulados en artículos anteriores, es indudable que el deseo de ser allí lo más conciso posible, de salirme el mínimo de las preguntas que se me hacían y de aligerar periodísticamente una carga de erudición inadecuada a un reportaje, han conspirado contra la corrección y claridad de lo que allí he querido expresar. Porque es el caso de que no hay prácticamente una sola frase que Masotta me atribuya que yo sienta como mía, que piense que pueda haberla pronunciado en forma explícita o disimulada. Pero a la vez me pregunto si, aparte de esa debilidad de mis declaraciones, no puede haber influido en semejante malentendido el haberme subsumido Masotta de antemano en un tipo de actitud que universalmente corresponde según él a "la Iglesia", y cuyo exponente más gráfico ha encontrado en el jesuita Calvez. Y me interesa eso por lo que dije al comienzo, a saber, que esa subsumción puede ser practicada no sólo por Masotta sino por muchas otras personas auténticas como él, y puede ser aplicada no sólo a mí sino a muchas otras personas que luchan como yo. Y, sin ir más lejos, hace un par de meses Ismael Viñas me obsequió un ejemplar de un periódico político editado por él, y en cuya primera página había una fotografía de Juan XXIII, con una frase de Ozanam al pie de la misma, en la que aludía a la necesidad de conquistar los pueblos bárbaros, esto es, ajenos a la influencia de la Iglesia. Aún no he vuelto a ver a Viñas, pero he pensado en reprocharle la mala fe de la conexión, porque atribuir a los actos de un cristiano de hoy intenciones programadas en el siglo pasado equivale a concebir a la Iglesia histórica como a un ente ahistórico, monolítico e impersonal, que traza maquiavélicamente sus planes de un siglo para otro. Me pregunto a veces si los marxistas que adoptan tal actitud —a menudo con fundamento en documentos episcopales— no se están enajenando con la Iglesia como los macartistas con el Comunismo, los racistas con



el Judaísmo, los gorilas con el Peronismo, etc. Es cierto que hay en la Iglesia algo enajenante, y es esa estructura similar al Estado que le confirió el Imperio Romano. Pero no es lícito identificar esa estructura o superestructura con la iglesia cristiana misma, como tampoco sería lícito —ni Marx lo admitiría— confundir al Estado con la sociedad humana. En mi concepto, en esa verdadera iglesia no están todos los que son ni son todos los que están; quizá, por ejemplo, “sean” más Masotta y Viñas que muchos que ellos atacarían como “siendo” por el solo hecho de “estar” éstos en ella.

Masotta parte de la base de que el marxismo es la única filosofía verdadera, y en tal sentido “ha hecho sus pruebas haciéndose historia efectiva: un tercio de la humanidad vive, trabaja y piensa bajo su signo”; y de que, por consiguiente, el instinto de conservación de la Iglesia no ha tenido más remedio que emprender astutos intentos de asimilación aparente del marxismo, que son en el fondo intentos de anular el avance de éste. La falacia de la primera parte del argumento salta a la vista, porque si el marxismo es verdadero porque “un tercio de la humanidad vive, trabaja y piensa bajo su signo”, el capitalismo es dos veces más verdadero que el marxismo, ya que los otros dos tercios de la humanidad viven, trabajan y piensan bajo su signo (y con tanto derecho puede hablarse, vagamente, de una “filosofía capitalista” subyacente tras el pensamiento de los estadistas occidentales, como de una “filosofía marxista” subyacente tras el pensamiento de los tan heterogéneos estadistas comunistas). ¿A qué marxismo se refiere Masotta cuando dice eso? ¿Al de Marx y Engels, al de Lenin? ¿Al de Khrushchev, al de Mao-Tse-Tung, al de Castro? Porque el marxismo de Marx y Engels —e incluso el de Lenin— proclama como objetivo la supresión de la división del trabajo, como efectiva supresión de las clases, y la consiguiente destrucción del Estado, instrumento de opresión de unas clases sobre otras. Y el caso es que nada de eso se manifiesta en hechos presentes ni en promesas de los dirigentes de los países comunistas, a pesar de que Khrushchev haya declarado no hace mucho que ya había finalizado en Rusia la etapa de la “dictadura del proletariado”, con lo cual ya estaríamos —según Lenin— en la verdadera sociedad sin clases. Obsérvese que para la juventud marxista, en general, el marxismo soviético ya resulta demasiado capitalista, y dirige sus miradas esperanzadas más bien al joven e impetuoso marxismo chino, al que aún no se le ha brindado, como a Rusia, la oportunidad de la coexistencia, lo cual lo hace mantenerse en pie de guerra. ¿Por qué pensar que, mientras en la primera potencia comunista del mundo —gracias a la cual existen otras sociedades comunistas que, sin ella, hace rato habrían desaparecido— se infiltra el capitalismo, la verdadera iglesia haya de darse a la tarea de buscar una conciliación externa con una filosofía del siglo pasado, que se muestra desnaturalizada o superada en los hechos?

No niego que pueda darse una “política realista” en algunos hábiles estadistas del Vaticano para facilitar precisamente ese proceso de “ablandamiento” de Rusia. Pero en general me parece más coherente admitir la posibilidad de que los hechos históricos del siglo XX hayan desvirtuado la sensibilidad social de muchísima gente, tanto de los intelectuales burgueses como Masotta y Viñas, cuanto de numerosos cristianos con hábitos o sin ellos; y que esto haya inducido a los últimos a releer sus escrituras sagradas, para descubrir su dimensión original oscurecida durante siglos (algo así como cuando la pintura moderna desenterró al Greco, luego de varios siglos de obnubilación frente a sus valores), y contribuir más efectivamente a impulsar a la historia hacia adelante.

Y para eso no sólo no tienen necesidad de escindir el plano metafísico y religioso del ético y político-económico, sino que, por el contrario, tienen necesidad de integrar ambos planos —disociados por el intelectualismo occidental— en una unidad como la que Jesús reclama en el sermón de la montaña, cuando afirma que “el que escucha estas palabras y no las pone en práctica se asemeja al necio que edificó su casa sobre arena” (S. Mateo 7.26). De que, en lo que a mí respecta, esta continua lucha por integrar ambos planos y por combatir la reducción de la fe a una actitud puramente mental no data de ahora mismo, pongo por testigos a mis alumnos secundarios y universitarios, de por lo menos diez años a esta parte. Cuando en mis declaraciones he señalado que no hay en Marx tanto un ateísmo metafísico (o sea, “en el que se negara lisa y llanamente la existencia de Dios”) cuanto un ateísmo postulador de la responsabilidad moral del hombre como el que Scheler contraponía al deísmo de Kant —“ateísmo ético que, en sus lineamientos generales, como cristiano comparto”, decía en ellas— de ningún modo estaba queriendo decir que en ética sólo puedo decirme ateo, como entendió Masotta. Una ética de la responsabilidad no sólo no es forzosamente atea, sino que exige, a mi juicio, para no caer en el subjetivismo psicológico, una realidad trascendente ante la cual se responde; aunque desde luego, y ya lo he dicho en las declaraciones objetadas, esta realidad trascendente poco tiene que ver con el antropomórfico y dominguero *deus ex machina* en cuyas manos abandonamos nuestra libertad y la del prójimo. Y por lo demás esta realidad trascendente es dinámica, es fuerza creadora en acción, y por eso mismo no puede ser mero objeto de una contemplación pasiva, sino de una participación activa: “el que no ama, dice San Juan, no conoce a Dios, porque Dios es amor”.

Claro está que Masotta piensa que esto del amor es pura doctrina, o sea, pura teoría, y que en la práctica se revela actualmente como un imposible, ya que en un mundo “donde la persona se halla alienada” quedan anuladas las posibilidades de la proyección trascendente que el amor como acto implica; que en los hechos, por ende, lo que se da es la lucha de clases —y, por consiguiente, el odio— entablada en procura

de la desalienación. Ya he dicho que no estoy seguro de entender este importante pasaje en las afirmaciones de Masotta; pero si lo que quiere decir es más o menos eso, entrañaría, a mi juicio, un equívoco con respecto al concepto marxista de "alienación". Si la alienación encerrara al hombre en la immanencia pura del en-sí, esto es, si la alienación fuera absoluta, no sólo el amor no sería posible, sino tampoco la valentía ("de la cual", decía Marx en "La Gaceta Alemana de Bruselas", "el proletariado necesita mucho más... que del pan que se lleva a la boca"), ni la fe (que si no se identifica con la valentía, se halla indisolublemente ligada a ésta; por eso dice Jesús a Pedro: "¿por qué temes, hombre de poca fe?"); y por consiguiente, no sería posible la revolución. Pero en realidad —tanto para Marx como en los hechos históricos— la alienación no es absoluta, ni siquiera S. I. P. y televisores mediante. Para evitar ese tipo de malentendidos, tráceme una oportunidad una diferencia entre dos tipos de libertad aplicable a los distintos filósofos que han reflexionado sobre ella: una libertad-meta que consiste en un estado de plenitud del hombre en que se superan los impedimentos para su realización, y una libertad-posibilidad, o sea, una posibilidad de alcanzar dicha meta, y que supone la ausencia de impedimentos decisivos en el camino hacia ella. Desde el momento que para Marx es posible alcanzar la verdadera libertad, que se dará en la sociedad sin clases, existe *ahora mismo* la libertad-posibilidad, que se va concretando en ese gigantesco proceso de liberación en que la historia consiste. Y es interesante señalar que la libertad-posibilidad descansa para Marx, más que en la mecánica misma del proceso económico, en la conciencia, que diferencia al hombre de los animales (cf. *Die deutsche Ideologie*, ed. Dietz, p. 27); así, cuanto mayor sea la conciencia, tanto mayor será la posibilidad de libertad. Por eso, si bien clase dominante y clase dominada "representan la misma autoenajenación... la primera clase se siente bien y se afirma y confirma en esta autoenajenación...; la segunda, en cambio, se siente destruida en la enajenación, ve en ella su impotencia y la realidad de una existencia inhumana" (*Die heilige Familie*, ed. Kröner, p. 317). Vale decir, aunque la clase dominante es en apariencia más libre, queda presa en su enajenamiento, y quien es en realidad más libre (como libertad-posibilidad) y cuenta por ende con mejores posibilidades de realizar la revolución, por tener conciencia de su alienación, es el proletariado (lo cual ya había sido dicho en S. Mateo 19.24: "es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos").

Y el amor, a la vez en tanto conciencia trascendente de lo real y en tanto actividad creadora enderezada precisamente hacia la plenitud del ser, más que una manifestación de ese estado de logro final (o sea, de la libertad-meta) es el acto más liberador de cuantos configuran la libertad-posibilidad. Por cierto que, con respecto al amor, Marx

guarda un sugestivo silencio; pero esto es, a mi juicio, sólo una debilidad de su pensamiento, que no ha sabido ubicarlo en el hombre histórico concreto. ¿Acaso no hubiera podido decir Marx que él mismo amaba a los obreros explotados en Manchester y en Lyon, y que ese su amor era el que lo conducía en una búsqueda de la liberación común? Y, junto con Marx, ¿no lo podrían decir la mayor parte de los auténticos marxistas, o sea, con exclusión sólo de los que militan en la izquierda por proyectar sobre la sociedad su rebeldía contra el padre o cualquier otro tipo de conflicto personal? Creo que lo podrían decir, aunque, por dar luego más frecuente cabida en su ánimo —como Marx— a la indignación y odio contra el opresor, puedan llegar a lamentarse nostálgicamente al fin de su vida, como Bertold Brecht: "nosotros, los que quisimos preparar el suelo para la amistad, nosotros no pudimos ser amigos".

Por consiguiente, no necesito echar mano a ingeniosas trasposiciones de argumentos hegelianos para afirmar una compatibilidad del amor cristiano con la lucha de clases. Por cierto que no sólo no tomé de Hegel mi aserto de que el objetivo de la lucha de clases no es destruir a los seres humanos que componen la clase opresora, sino que lo que al decir eso tenía en la mente no tenía en absoluto que ver con la dialéctica del amo y del esclavo. Mi afirmación es más simple: la lucha de clases es *por* los hombres, *no contra* hombres; por ende, lo que en ella se trata de destruir son las *clases*, no los seres humanos que las integran. La dialéctica del hombre y la naturaleza no implica destruir a la naturaleza sino integrar a la naturaleza en el hombre, y sólo destruir en la naturaleza, eso sí, ese carácter cósmico suyo que sojuzga al hombre y lo enajena. Se trata, pues, para decirlo con las palabras de Marx, de humanizar a la naturaleza. Análogamente, la dialéctica de las clases se dirige a una humanización de la sociedad, y para eso se debe destruir ese carácter cósmico que la historia le ha endosado y que sujeta al hombre y lo enajena, a saber, el Estado; para lo cual a su vez es imprescindible destruir la cosificación de los hombres en clases (ya que el Estado es, en resumidas cuentas, "la organización de la violencia para la represión de una clase cualquiera", como lo define Lenin en *El Estado y la revolución*, p. 31 de la ed. en leng. extr., Moscú 1946). Sólo para mostrar el absurdo que entraña la interpretación de la lucha de clases como destrucción de hombres fue que hice notar que, siempre de acuerdo con dicha interpretación, y dado que la sociedad sin clases implica la destrucción tanto de la clase opresora como de la oprimida, la lucha de clases en tal caso conduciría al harakiri universal. Absurdo análogo al que resultaría de interpretar que, en la dialéctica del hombre y la naturaleza, aquél debe destruir a ésta; ya que destruir a la naturaleza supondría destruir al hombre.



Está claro, me parece, que, puesto que no se ama ni odia a cosas sino a personas, y dado asimismo que el amor por definición entraña creación y el odio destrucción, la verdadera fuerza motriz de la lucha de clases —en tanto ésta debe librarse por hombres y contra cosas— ha de buscarse más en el amor que en el odio. Naturalmente que, cuando abunda el resentimiento provocado por la conciencia de la frustración, resulta mucho más fácil excitar a la gente en contra de los más visibles causantes de la situación inmediata. Los argentinos, en especial, somos muy lúcidos y brillantes para la crítica —particularmente la izquierda argentina, que jamás ha podido hacer otra cosa, o al menos no se le ha ocurrido hacer otra cosa—, pero más escrupulosos para asumir una actitud constructiva. Que se siga, pues, por ese camino, si se lo prefiere, pero entiendo que, a fuer de trillado, sus resultados están bien a la vista.

Porque no hay que pensar que el amor excluye a la lucha; ni por cierto lo pensaba Jesús al decir “amad a vuestros enemigos” (S. Mateo 5.44) o “no he venido a traer la paz, sino la lucha” (S. Lucas 12.51). Y la lucha de los primeros cristianos ya hace muchos siglos mostró que tal doctrina no era una pura quimera teórica. Muchas veces lo hemos visto en las luchas sociales: en tiempos recientes lo hemos presenciado en la liberación de la India por Gandhi, y también en nuestra Latinoamérica, en la “política cordial” que proclamara Martí en su lucha por la independencia de Cuba.

Al revisar estas líneas y releer luego mis declaraciones al redactor de *Correo*, tengo la impresión de que éstas fueron mucho más claras que la aclaración que intento ahora. No obstante, y por no considerarme un privilegiado poseedor de la Verdad sino un buscador de la verdad, y no un buscador individual sino comprometido en la búsqueda común (porque el hallazgo importa a todos), estoy dispuesto a proseguir el diálogo, desde el espacio acogedor de páginas como éstas o bien en un portefolio mano a mano de café.

Carlos Casares, junio de 1963.

Año del Señor de 1930, Salud y Sepultura.  
El verbo de estas llanuras se hizo carne de toro, atravesó el Atlántico hacia el norte y una rosa propicia descendió sobre el puerto. Pero yo era chico y papá tenía hambre y miedo; qué culpa tenía él, algo fallaba dentro y fuera de sus ojos perplejos, no acertaba a explicarse en medio de sus hijos. Además la retórica de la época entraba como un viento corrupto en el error. Los intelectos se disputaban la irrealidad; figuras borrosas de hombres en la calle, pensativas familias en torno de la mesa. Hoy se saben a fondo aquellas cosas, se saben y no obstante engañaron el resto; el asunto está claro y la historia de mi país también. Conocido el aborto, las caras, las comidas, la urdimbre trasera de la lógica, las reverencias, los mecanismos secretos con las tripas afuera, el olor, los tratados, la falsa materia de la república, la jurisprudencia, la noche, los señores los padres y mentiras de la patria. Aquí están tus hijos; equivocados muchachos ocultos en el abstracto lenguaje de los ladrones, que esperaron las mañanas del año

el porvenir incubando con la estafa,  
inexpresivos de engaño en engaño,  
librados a la imaginación, al juego  
y la conclusión de los otros,  
al nervio extranjero, al territorio de pulmones rotos.  
Ya no es difícil encontrar el hilo  
que conduce a la oculta y podría  
motivación del escarnio; no importa  
que la historia concentre  
algunos movimientos esenciales  
sin lograr desnudarlos: sabemos  
que nunca hay paz en el fondo, sino  
una marea que busca el equilibrio  
y la vida más justa  
para los rostros desdichados que contiene.  
El resorte que mantuvo sin finalidad  
las manos y la mente de los que fueron jóvenes  
desde 1930, se ha soltado; miramos  
su falsedad bajo la luz, su responsable  
calumnia, su cadáver mordido por la culpa.  
Nosotros, que tenemos ahora  
el conocimiento real de las tumbas de mármol,  
levantamos las lápidas, saludamos y escupimos  
en los mezclados huesos de hombres y de vacas  
condecorados entre sí.

Hebe Uhart

EL AMO Y LOS CRIADOS

*Hebe Uhart es argentina: nació en Maserá, provincia de Buenos Aires, el 2 de diciembre de 1936. Su primer libro, Dios, San Pedro y las almas, apareció en 1961. Reúne cuentos que, en general, no fueron entendidos por la crítica. Para septiembre de este año, aproximadamente, y con el sello de Goyanarte, Hebe Uhart dará a conocer otro volumen de cuentos, con un título que nos provoca resistencias pero que no tenemos más remedio que transcribir: Eli, Eli, lama sabactani. Esta obra, a la que pertenece El amo y los criados, obtuvo un subsidio del Fondo Nacional de las Artes. Con anterioridad la autora había logrado una mención en un concurso de cuentos organizado por la revista El grillo de papel.*

Aquí estoy. Tengo una casita; yo digo casita, otros casa; no es muy grande. Se me ha repetido constantemente: "Fue regada con lágrimas de tus antepasados". Pero yo pienso: "¿Desde cuándo han visto las casitas regadas por lágrimas?" No tengo la menor constancia. Sentado cerca de la ventana, miro el poniente; no todos los ponientes, eso cansa demasiado, pero de vez en cuando, gusta. Me agrada tomar de un líquido marrón nuevo, no sé cómo se llama. Creo haberlo sabido la otra tarde. Porque la memoria me falla constantemente; no es cuestión de la edad, todavía soy joven, y aunque no fuera joven, no me preocupa la edad, porque yo no soy ningún trapo. Mi memoria siempre falló; son significativas las anécdotas al respecto, pero no me las acuerdo. Casi nunca recuerdo el nombre de las cosas, sino sólo lo significativas que son. Eso me proporciona grandes ventajas; de repente cae una moneda o pasa una sombra y en seguida eso está vinculado con otro episodio semejante. Le pregunto a Asdrúbal, mi criado, qué cosa era eso, y él me dice:

—El ciego que tocaba el organito en una plaza.

—Así es —le digo, y seguimos andando.

Tenía una especie de huerta que todavía tengo, y una vez le dije a mis criados:

—Cualquier cosa planten, menos tomates.



Y por lo tanto todo es ahora de color verde, de todos los tonos de verde. Tengo animales también: un chivo bastante grande que tiene las cejas como pintadas. Creo que no fui yo quien las mandó pintar, me altera lo que sea contra natura; sin embargo están delineadas tan perfectamente, tan perfectamente... Vacas nunca quise; con ellas mantengo una cierta cortesía a lo sumo. Estoy completamente rodeado de árboles bastante grandes, pero no tanto que no me permitan ver los árboles siguientes y estos los que siguen. Y recuerdo al respecto una voz que me dice: "Esto era un páramo". ¡Qué palabra, páramo! Rima con álamo, así es. Tengo un cortapapel no muy filoso, aunque al principio tenía mucho filo, y yo lo hice desafilar. El otro día le dije a Asdrúbal, mi criado:

—Este cortapapel pierde filo.

—Usted lo hizo desafilar —me dijo.

"Es cierto", pensé, y me sonrei. Asdrúbal tiene mucha memoria y yo le suelo decir:

—No seas rencoroso, hijo. ¿Adónde quieres ir a parar?

Pero no me preocupo demasiado porque me escuche y, por otra parte, él no molesta demasiado. Mi otro criado, Tomasito, suele molestarme a veces, pero no lo hace a propósito, lo cual no quiere decir que eso lo justifique, ni mucho menos. Le digo:

—Tomasito, si fueras perro, ¿ladrarías?

Tomasito asiente y se le ven los tres dientes que le quedan. El otro día ocurrió algo divertido: estaba dándole migas a las palomas, vino Tomasito, se creyó que no lo veía y se las comió. Pensé decir: "Yo veo todo, Tomasito", pero, ¿para qué? Creo que aunque vea todo le falta algún resorte a mi brazo para impedir que Tomasito se coma las migas y, después de todo, es gracioso. En cambio le dije:

—Eso es para las palomas.

Y lo dije cuando Tomasito ya no estaba. Me proporciona un verdadero placer no encontrar otra respuesta que el silencio. Hubiera repetido la observación ochenta veces, como un estribillo de canción. Y tengo un solo amigo, pero ahora está en el otro extremo del mundo. Siempre se traslada y nunca sé bien en qué lugar se encuentra. Se puede decir que somos absolutamente opuestos y nos encontramos muy rara vez. Pero generalmente sueño con mi amigo, sueño que tomamos vino y estamos sentados. Si me dijeran: "Tu amigo está ahí, escondido detrás de la arboleda para sorprenderte", diría: "Es posible,

eso está dentro de sus posibilidades". Y si me dijeran: "Pasó la tranquera, viene hacia aquí", tal vez haría un esfuerzo para levantarme, porque me cuesta muchísimo trabajo levantarme: tengo gota. "Las piernas no me obedecen", le oí decir a alguien, y yo le digo: "Yo no obedezco a otra cosa que no sean mis piernas". A veces sueño que hago dos agujeros en el suelo y allí las meto. No hay cosa que me guste más que el mar. Y eso no quiere decir que la montaña o la llanura no me gusten, me gusta todo, aunque en realidad he visto todo en fotografías. Nunca sali del lugar en que vivo. Me basta llamar a Asdrúbal, que viajó por todo el mundo, que conoce las gentes más diversas, que vio la India, y decirle:

—Asdrúbal, ¿has visto el mar?

Y Asdrúbal se pone pensativo como si se tratara de alguna potencia peligrosa y me dice:

—Es bravo.

Eso me basta. Tengo la idea hasta del silencio del mar con eso. A veces le pregunto sobre gentes de otras tierras, sobre todo africanas, y me dice.

—Eran bravos.

Y yo lo entiendo perfectamente. A Tomasito no se le puede preguntar nada de esto, porque es montañés trasplantado. Tiene siempre unas nostalgias tremendas y no hay nada más cómico que verlo nostálgico, con esas manos tan largas y tan voraces, que agarran galletas, árboles, cualquier clase de cosa. Un día observé detenidamente a Tomasito y consideré el filo de mi cortapapeles, pero como dije, no tenía mucho filo por el motivo que me recordó Asdrúbal.

Esa tarde me había sentado frente a la huerta y vi algo verde, naturalmente, pero de forma sospechosa. ¿Cómo se llamaba eso redondo? Lo sabía perfectamente: eran tomates. Y llamé a Asdrúbal para que los sacara, pero Asdrúbal no me oyó o no me entendió bien. Ahora creo recordar que al tomarme lo llama de otra manera, de una manera absurda. En realidad, todo es culpa mía: los dejo hablar tanto entre sí, que tienen un lenguaje distinto. A mí verlos hablar me divierte muchísimo. Tomasito le da a Asdrúbal en el brazo para ver si tiene músculos según dice. Y ya sea por el golpe mismo o por la dureza de la carne de Asdrúbal, se queda todo dolorido, se venda la mano, etc. Es divertidísimo. Entonces le enseñé que cada vez que le ocurriera eso (y yo prevengo que le va a ocurrir siempre) me podía

pedir una venda. En realidad él sabe perfectamente dónde están las vendas, pero no las puede sacar antes de pedírmelas a mí. En realidad no vigilo nada ni me preocupo por nada, pero por lo de la venda sí; es ya como un ritual y tiene todo el encanto de lo perfectamente previsible. Viene Tomasito y me dice:

—Señor, por favor, una venda.

Y yo le digo a Asdrúbal:

—Bien. ¿Dónde están las vendas?

—En el último cajón —dice Asdrúbal, y Tomasito va a buscar su venda.

Bueno, retorno a lo anterior: en la quinta habían plantado esas frutas redondas llamadas tomates. ¿A cuál de mis dos criados llamaría para solucionar eso? “Esto tiene aire de enredo y confabulación”, me dije algo cansado. Por otra parte, creo que fue una de las poquisimas veces que los llamé para decirles algo. La vida era aquí muy tranquila y ellos hasta entonces se habían encargado perfectamente de todas las tareas. “Pero he aquí algo nuevo que, caramba, tiene su parte de excitación”, pensé. ¿A quién llamaría primero siendo que los dos eran culpables? Y pensé decir: “Asdrúbal y Tomasito, vengan los dos, hijos míos”. Pero entonces me dije: “De este modo no. Así parece que te fueras a morir. Es ridículo”. Se los podría llamar por separado y ver quién mentía. “¿Y qué importa quién miente? Lo que yo no quiero son tomates”, me dije. En cuanto los vi, lo primero que hice fue golpear las manos para que vinieran, y pasaron delante de mí y no vinieron. Entonces me levanté y dije:

—¿Cómo? ¿Desde cuándo pasan sin mirarme? Creo haber golpeado las manos.

Y entonces Tomasito imitándome dijo:

—Estaba así.

Con la mímica me quería indicar que estaba ausente.

Asdrúbal me miró bien y me dijo:

—Perdón, pensábamos que golpeaba las manos distraído.

—Asdrúbal, siempre afirmé que eras siniestro —dije, aunque en voz tan baja que creo que no me oyó.

Asdrúbal preguntó entonces:

—¿Llamaba?

Me sonreí y dije:

—En efecto, llamaba. ¿Qué es aquello que se ve allá?

—¿Aquello, cuál señor? —dijo Asdrúbal.

Y Tomasito se hacía visera con la mano para ver. Entonces me ruboricé, no sé si a la vista de la fruta, y dije:

—Aquello redondo entre esas plantas altas.

—¿Redondo? —dijo Asdrúbal.

Tomasito alborotaba y Asdrúbal dijo con aire preocupado:

—¿Cómo se llaman señor?

Y noté que me ponía rojo por segunda vez. Carraspeé y dije:

—Creo que son tomates.

—Ah —dijo Tomasito como recordando—, son los tomates.

Y los dos se fueron, supuse, a solucionar ese enredo. Pero por la tarde volví a ver los tomates y me callé. Confieso que tuve un deseo vergonzoso: ir de noche y arrancarlos todos sin que nadie me viera. Pero, como dije, mis piernas están duras y me quedé en mi sitio.

A la mañana siguiente lo vi a Asdrúbal y le dije:

—Asdrúbal, los tomates.

Asdrúbal los sacó todos aparentemente, pero vi uno escondido. Entonces pensé: “¿Voy a fijar la vista en algo semejante teniendo delante una inmensa perspectiva, los árboles, más allá de los árboles, todo?” Por consiguiente siguió luego una cierta calma, aunque noté una cosa: mi brazo se había puesto más rígido y si me repantigaba en un sillón (y ahora se me trataba con una solicitud inusitada) y luego me trasladaba a una silla, la mano se me quedaba suspendida en el aire, en la misma posición que antes había adoptado al apoyarse en el sillón. Y, es cierto, Tomás y Asdrúbal tenían un exceso de celo, me trasladaban y se adelantaban a mis deseos, que adivinaban perfectamente, salvo unas pocas veces. Pero para saber hasta qué punto se equivocaban, hubiera sido necesario indagar acerca de la naturaleza del deseo. “Que es tarea muy ardua”, me dije. ¿Y qué vi al mes siguientes, cuando mi mano había alcanzado cierta fluidez en sus movimientos y no se mantenía tan rígida? En el campo se destacaba entre todas las cosas, una roja y enorme, o por lo menos así me lo pareció. Llamé a mis criados y les dije:

—Quisiera comer tomate.

Asdrúbal dijo:



—Los caballos no se pueden enganchar hoy al carro; hay mucho barro, señor. ¿Le parece bien mañana?

Dije pensativo:

—Es preciso enganchar los caballos para... ¿cuándo?

—Hoy no se puede, señor.

Y dije:

—Muy bien. Que se haga así.

Inmediatamente sentí una especie de molestia por estar allí y me sentí desasosegado todo el día. Y cuando engancharon los caballos al día siguiente para comprar tomates, dije:

—Yo voy también. Una vuelta en carro no me vendría mal. Hace mucho tiempo que no salgo.

Y fuimos. Como cerca de la venta tengo una casa más chica, pero con las comodidades suficientes, mis criados me aconsejaron que me quedara en ella, y en ella me encuentro ahora, aunque al principio dije que estaba en mi casa. Estaba simplemente evocando. Y de todos modos, el panorama en este tipo de lugar es bastante parecido.

P. S.: Esto lo escribí yo, Asdrúbal. Mi amo tiene las piernas y el brazo aletargados, de modo que no puede escribir nada, pero me permití escribir esto porque lo conozco muy bien.

---

## DISCUSIÓN

Director: JORGE A. CAPELLO

Suscripción a 6 números de 1963 (4 a 9), \$ 90.-, que pueden remitirse mediante cheque, giro o estampillas postales, a nombre del director, C.C. 158, Suc. 1, Buenos Aires.